

BRYAN FUGATE



OPERACION BARBARROJA

ESTRATEGIA TACTICAS

EN EL FRENTE DEL ESTE

Operación Barbarroja. Estrategia y tácticas en el frente del Este, 1941. Bryan Fugate

INTRODUCCIÓN.

CAPÍTULO I. LA PLANIFICACIÓN Y ESTRATEGIA DEFENSIVA SOVIÉTICA DE PREGUERRA.

CAPÍTULO II. LOS PLANES ALEMANES PARA LA INVASIÓN DE LA URSS.

CAPÍTULO III. LA CARRERA HACIA EL DNEPR.

CAPÍTULO IV. BATALLAS POR EL DNEPR SUPERIOR. CAPÍTULO V. LA PAUSA DEL GRUPO DE EJÉRCITOS CENTRO. CAPÍTULO VI. HITLER VERSUS LOS GENERALES.

CAPÍTULO VII. STALIN Y KIEV, HITLER Y MOSCÚ.

CAPÍTULO VIII. ESTRATEGIA Y TÁCTICAS: UNA REEVALUCIÓN. APÉNDICE A.

APÉNDICE B.

Operación Barbarroja. Estrategia y tácticas en el frente del Este, 1941.

de Bryan Fugate

INTRODUCCIÓN.

Los Orígenes de la Doctrina Militar Rusa.

C

uando se considera los enormes cambios que han tenido lugar en la Unión Soviética en los sesenta y siete años desde la Revolución Bolchevique, parece difícil de creer ciertos fundamentos de su carácter como nación

han permanecido virtualmente inalterados. En contraste, los países democráticos occidentales y Japón han cambiado profundamente sus ideologías políticas y económicas durante este período. Piense en el punto de vista mundial de los Estados Unidos en la década de los 20, cuando nuestra política exterior aislacionista estaba afectada por muy pocos asuntos principales extranjeros, y luego mayormente en nuestro propio hemisferio. La notable consistencia de la política exterior soviética y la longevidad de las carreras de sus líderes han sido una gran fuente de poder para la URSS, hecho que ha sido reconocido en Occidente. Desde 1924, sólo ha habido cuatro líderes en la Unión Soviética frente a los once presidentes en los Estados Unidos. Con una excepción menor, los dirigentes del Partido Comunista Soviético han mantenido su poder durante un mínimo de diez años.

En el terreno de la doctrina militar, la Unión Soviética ha vacilado sólo temporalmente de su punto de vista básico mundial desde los primeros tiempos del imperialismo zarista. La preocupación principal no estaría con los detalles del desarrollo doctrinal o con las vidas de las variadas personas que han contribuido grandemente a su evolución (por ejemplo, Suvorov, Kutuzov, Trostsky, Frunze, Tukhachevski, Stalin, Zhukov, Sokolovsky, y más recientemente, Gorshkov). Más bien, será con aquellas características orgánicas que Rusia, el estado soviético y el sistema comunista han creado permitiendo un ambiente para que estos elementos doctrinales florezcan.

Tradicionalmente, la transformación de Rusia en una gran potencia europea y militar se dice que ocurrió durante el reinado de Pedro I el Grande (1682-1725). Ciertamente, sin embargo, hubo una historia de espíritu combativo y de coherencia doctrinal que data de mucho más atrás, a la época de la ocupación tártara y al surgimiento del Principado Moscovita. Estas luchas en la infancia de Rusia fueron, en la mayoría de los casos, absorbentes por naturaleza.

El impacto de la invasión tártara bajo Batu y Subudai a mediados del siglo XIII no pudo haber sido resistido por ninguna fuerza que la Rusia de Kiev pudiera reunir. La naturaleza de la ocupación tártara fue tal, sin embargo, que dio al pueblo ruso una oportunidad de sobrevivir como entidad separada; no fueron sumergidos e incorporados como una nación dentro del cuerpo de la Horda Dorada. Hubo dos razones principales para ello: los tártaros no trataron de trasladarse hacia los bosques y ciudades del norte, eligiendo en lugar de ello permanecer en el sur alimentando a sus rebaños en las ricas praderas, y los tártaros, nómadas por naturaleza, no desarrollaron una base productiva urbana, incluyendo la metalurgia y la producción de armas, que les permitiera mantener el ritmo con el avance tecnológico. Económicamente, los rusos fueron capaces de mantener un sistema aislado de los tártaros, quienes se contentaron meramente con implementar el pago de tributos. A largo plazo, la relación de fuerzas económicas y políticas fue tal que el dominio tártaro se "marchitaría", lo cual sucedió, de hecho, durante el reinado de Iván III (1462-1505).

Desde el punto de vista militar, el pueblo ruso aprendió varias cosas de la ocupación tártara. La primera lección fue que tenían que ser erigidas barreras en el este y en el sur para evitar una repetición de estos acontecimientos. Inicialmente, esto fue hecho en el reinado de Iván IV ("El Terrible", 1533-1584) conquistando centro del poder tártaro en Kazán y Astrakán y después erigiendo ciudades fortalezas como Orel para "la defensa de la isla" y contratando tropas

cosacas como guardas mercenarios. La agresiva liquidación de la amenaza tártara y turca de Iván continuó bajo Pedro I y Catalina II ("La Grande", 1762-1796). Otra lección que los rusos tuvieron que tomar fue la importancia de desarrollar una casta militar. Este proceso empezó primeramente durante el reinado de Iván III con la creación del sistema *pomestie*, por medio del cual mercedes en tierra podían ser obtenidas por los nobles del gobierno de Moscú sólo bajo la condición de que ayudaran a formar ejércitos y los pagarán. Este sistema de tenencia de tierra forzó a los nobles a mantener sujetos a los campesinos a la tierra tanto como fuera posible y a evitar que la abandonaran. Según un respetado historiador ruso, la extensión del sistema *pomestie* fue uno de los primeros factores en la extensión de la servidumbre a través de toda Rusia. El peligro de invasión y depredación exterior era mucho peor que el peligro de perder la libertad en un sistema agobiante de servidumbre que, de muchas formas, era más rudo que el tratamiento recibido por los esclavos negros en el sur de Estados Unidos. Es interesante especular cómo podría haber sido la historia de los Estados Unidos si los indios norteamericanos hubieran poseído grandes reservas de efectivos y hubieran actuado como una constante amenaza sobre nuestros grandes centros de población de la misma manera que los tártaros hicieron en Rusia. ¿Qué hubiera pasado si los indios hubieran vencido a las colonias en el siglo XVII y mantenido a los colonos europeos subyugados durante cientos de años? Pocas dudas hay de que nuestra nación se habría desarrollado de forma radicalmente diferente.

En Rusia, los vestigios de la servidumbre no fueron eliminados hasta 1917, pues la amenaza de los tártaros fue rápidamente reemplazada por la de otras potencias con intereses predatorios, particularmente en la rica y abundante región agrícola que había sustentado al antiguo estado de Kiev –Ucrania. La casta militar y el sistema financieroguerreiro de la *pomestie* resultaron ser unos medios prácticos de

repeler estas amenazas, ahora del oeste desde Polonia-Lituania y desde Suecia. El ascenso del Principado de Moscú, la neutralización de la amenaza turco-tártara, el fin de las pretensiones expansionistas de Polonia-Lituania y la institucionalización de la servidumbre y de la casta militar estaban todas lógicamente conectadas y formaron la base para la siguiente fase del desarrollo militar –la creación de un gran ejército permanente nacional y de una armada bajo Pedro el Grande y los otros Romanov.

Mucho ha sido escrito sobre las reformas militares de Pedro el Grande, por lo que no intentaremos aquí hacer un relato de sus logros en detalle. Es suficiente decir que tras la derrota del rey sueco Carlos XII en Poltava y el Tratado de Nystad en 1721, Rusia emergió como una gran potencia europea. Aunque Pedro había recabado sus ideas sobre la reforma militar de sus extensos viajes en el Oeste y de los numerosos consejeros militares occidentales importados a Rusia, como el holandés Franz Timmermann, el escocés Patrick Gordon, y el suizo Francois Lefort, entre otros, la forma del nuevo ejército y sus métodos de combate tenían algunas características excepcionalmente rusas.

En términos de estrategia, Pedro prefería no encontrarse con Carlos en terreno desfavorable. Pedro se contentaba con permitir primero al rey sueco que se enlodara en una guerra aparentemente interminable en Polonia. Luego, cuando Carlos embistió directamente a Rusia, el zar no trató de desmontar la ofensiva demasiado pronto sino que, en lugar de ello, dejó al ejército invasor que gastara su energía en vencer las incontables dificultades de maniobrar a través de grandes distancias y sobre un terreno inhóspito. Pedro había aprendido métodos de tierra quemada de los tártaros y los utilizó contra los suecos, negándoles el uso de cultivos y pastos. Finalmente, cuando la fuerza ofensiva de Carlos estuvo gastada, una victoria relativamente fácil fue obtenida en Poltava con escaso coste para Rusia.

Los comandantes del ejército de Pedro fueron inicialmente extraídos de la vieja nobleza (*dvoriane*), de la cual se había sido esperado que sirviera como la casta de oficiales así como para proveer de personal a las filas de la recién creada administración civil. Ya que no había colegios militares, los jóvenes aristócratas se entrenaban en uno de los tres regimientos de guardias –Semenovskii, Preobrazhenskii y “Regimiento de la Vida” (después Guardia Montada). La creciente necesidad de oficiales militares y civiles, sin embargo, pronto dejó atrás el suministro de nobles hereditarios. Un intento de remediar esto fue el ennoblecimiento de jóvenes brillantes que lograban abrirse paso hacia arriba en la jerarquía. Finalmente, en 1722, fue instituida una “Tabla de Rangos” que, entre otras cosas, garantizaba el título de noble hereditario a todo militar que lograra el grado más bajo de oficial. Esta Tabla de Rangos permaneció en uso sustancialmente sin cambios en Rusia hasta 1917. A pesar del hecho de que cierta “democratización” fue admitida para abrir el camino al estado de noble, la vieja aristocracia mantuvo un fuerte asidero en los puestos militares más altos. La tradicional brecha entre nobles y no nobles en las fuerzas armadas continuó existiendo pero, después de 1722, existía de forma burocrática oficial. Uno de los representantes “outsider” de la nueva casta militar, Alexander Suvorov (1730-1800), se convirtió en el padre espiritual de la doctrina militar rusa y aún se le rinde un gran homenaje por el moderno estado soviético en la forma de una codiciada decoración militar que lleva su nombre. De muchas formas, la privilegiada casta de oficiales se ha perpetuado en la URSS, con familias de oficiales emparentadas entre sí y asistiendo a escuelas especiales. Los oficiales rusos aún hoy en día son un brazo aparte de los rangos inferiores “no nobles” y civiles.

En la carrera de Suvorov se pueden ver muchos de los elementos que apuntan al camino hacia la futura grandeza de Rusia como potencia militar. La esencia de las enseñan-

zas del genial general se pueden encontrar en su libro *La Ciencia de la Victoria*: (1) La ofensiva es el principal arma de guerra. (2) Logre rapidez en el ataque, utilice la bayoneta. (3) No se vence con rutina metódica, utilice una observación objetiva. (4) Poder total para el mando supremo. (5) Combata en el campo, no en las fortificaciones; confunda al enemigo. (6) Los asedios son un derroche, el asalto abierto es mejor. (7) No derroche fuerzas ocupando puentes, sortee al enemigo si es posible. Rusia trató de jugar un papel principal en los asuntos europeos por primera vez en su historia durante la campaña italiana de Suvorov en 1799, donde asombró a varios de los mejores generales franceses, como Joubert y Moreau, por sus largas marchas forzadas y rápidos despliegues para el ataque. El plan de Suvorov nunca era defender un punto durante mucho tiempo sino siempre atacar donde hubiera oportunidad. Nunca era también su plan asaltar una fortaleza simplemente por el bien de ocuparla; más bien, su objetivo era siempre "destruir la fuerza vital del enemigo y su capacidad para hacer la guerra". Suvorov llegó a ser conocido como practicante de tácticas de armas combinadas; esto es, a ningún arma, como la caballería o la artillería, se le daría un tratamiento favorecido o se le permitiría operar autónomamente de otras armas. Los ataques escalonados e integrados de Suvorov utilizando todos los medios de combate, incluyendo abundante artillería (tan querida por Pedro) y la bayoneta, le ganaron una terrible reputación, especialmente después del asalto de la fortaleza turca de Izmail en 1790. El énfasis de Suvorov en entrenarse para el campo de batalla y fortalecer la moral, más sus métodos únicos de marcha, despliegue y ataque, establecieron un motivo para el futuro progreso del ejército nacional ruso. Tan grande como el legado de Suvorov fue, sin embargo, que estaba por verse si el empuje de su genio se había realmente mantenido sobre las raíces dejadas por las reformas de Pedro. ¿Hubiera el ejército endurecido en la campaña de 1799 resistido una acometida del ejército

europeo más grande jamás formado, dirigido por uno de los comandantes más sobresalientes de todos los tiempos, Napoleón?

El curso de los acontecimientos que llevaron a la invasión de Rusia por Napoleón en junio de 1812 no nos debe concernir aquí. El resultado de la guerra y su desarrollo general son también bien conocidos. Desde el punto de vista doctrinal, sin embargo, varias características interesantes necesitan ser señaladas.

En primer lugar, la decisión del General ruso Barclay de Tolly de permitir a la Grand Armee de Napoleón entrar en Rusia sin un intento serio de resistir provocó un problema político enorme en la corte y con el principal aliado de Rusia, Gran Bretaña. Es importante tener en mente, sin embargo, que era la máxima más antigua en la guerra “nunca hacer lo que tu enemigo quiere que hagas” y que Napoleón habría rápidamente aplastado al ejército ruso si lo hubiera desafiado cerca de la frontera. Debe recordarse también que Kutuzov (1745-1813), discípulo de Suvorov, continuó con la retirada de Tolly después de convertirse en comandante supremo. El punto crucial es este: el ejército ruso tenía que confiar en una estrategia de retirada y tierra quemada a pesar de los costes políticos y económicos de tal estrategia. Haber hecho otra cosa hubiera invitado a un completo desastre. En este aspecto, la posición de José Stalin no fue muy diferente de la del zar Alejandro, como será visto en el Capítulo I.

Hay otro interesante paralelismo entre las guerras de Alejandro y de Stalin: el factor campesino. En ambos casos, el campesinado permaneció fiel al régimen y dio sus vidas en grandes cantidades para repeler a los invasores. Uno podría preguntarse a qué era esto debido, considerando que sus condiciones, en servidumbre y, después, en granjas colectivas, eran tan rudas y degradantes. Contestar esta pregunta facilita una comprensión en qué ha hecho que el

corazón de Rusia, comunista y anterior, palpita con una singular voluntad de vivir.

Antes de su gran aventura en 1812, se había hablado mucho en Rusia sobre qué podría hacer el emperador francés si lograba desplegar su bandera sobre el Kremlin. Parecía haber una extendida esperanza entre los campesinos (y miedo entre la nobleza) de que Napoleón aboliera el feudalismo y la servidumbre en Rusia y animara el surgimiento de una clase de pequeños propietarios campesinos, similar a la que había surgido en Francia durante la revolución. No se sabe con certeza la procedencia de los orígenes de este rumor, pero cualquier familiarizado con la actitud de Napoleón hacia la cuestión de la tierra en Polonia habría expresado extremas reservas sobre la liberación de los siervos en Rusia por los franceses. Los campesinos polacos fueron "liberados" sólo nominalmente en 1807, pero no se hizo ningún movimiento para liberarlos realmente. Los nobles polacos se unieron a la causa de Napoleón en 1812 porque él intencionadamente rehusó liberar a los siervos en Bielorrusia y Lituania.

Napoleón también utilizó tropas francesas para sofocar revueltas campesinas en Bielorrusia a instancia de los terratenientes polacos. Una vez que empezó la guerra y Napoleón fracasó en publicar un edicto liberando a los siervos en Rusia, el campesinado se adhirió a la causa zarista como venganza.

El más importante hito continuo de la historia militar rusa ha sido que ningún invasor de Rusia, desde los turcos-tártaros a Hitler, ha ofrecido nunca a las masas rusas algo mejor que las condiciones que ya tenían. Típicamente, como fue el caso con Napoleón y Hitler, una victoria enemiga probablemente habría provocado un empeoramiento de las condiciones de las masas como conjunto y de los campesinos en particular. Los gobernantes rusos han utilizado esta hecho muy a menudo para salvarse a sí mismos.

La estrategia de Kutuzov de retirarse sin dar batalla fue, hasta el desafortunado encuentro en Borodino, forzada por la necesidad, como de hecho han sido la mayoría de las decisiones estratégicas rusas. Lo que fue único en Kutuzov fue su negativa a destruir a la Grand Armee en noviembre de 1812 mientras se retiraba hacia Polonia. La razón de la "persecución en paralelo" de Kutuzov del desmoralizado Grand Armee puede ser que los franceses estaban siendo destruidos por el frío y la inanición, y aunque es cierto que se hizo un intento de evitar que cruzaran el río Beresina, otra explicación puede ser que Kutuzov simplemente no consideraba que liberar Europa de Napoleón estaba verdaderamente en el mejor interés de Rusia en ese punto particular. Rusia aún no había cumplido la fase cuando la masiva intervención en los asuntos europeos era un objetivo absorbente; esta característica de la política exterior rusa aparecería después.

Tras el Congreso de Viena y la derrota final de Napoleón en 1815, Rusia, bajo Nicolás I y Alejandro II, comenzó un largo y constante declive en preparación militar. Considerando que en 1812 la unidad regular del ejército ruso estaba equipada con más cañones que su contraparte en el ejército francés, durante el período posterior a 1815 no se realizaron virtualmente ningunas mejoras en la artillería rusa. Esta falta de progreso quedó dolorosamente en evidencia durante la Guerra de Crimea (1854-1856).

Los acontecimientos en los Balcanes que precedieron a la Guerra de Crimea son de importancia periférica aquí. Los puntos clave a observar son que Rusia en 1854 estaba interesada en obtener el status de potencia mundial dominando el Bósforo y los Dardanelos y que una operación conjunta de dos grandes potencias, Gran Bretaña y Francia, si bien con objetivos tácticos muy limitados, fue suficiente para mantener sujeto al oso ruso. La cuarta gran potencia europea, Prusia, mantuvo un tenso silencio; no obstante, Rusia no podía pasar por alto tampoco la posibilidad de una

amenaza desde el oeste o desde el norte contra San Petersburgo. La doctrina militar rusa había contado con las dificultades que podría encontrarse en una guerra de dos o incluso tres frentes, pero no contra grandes oponentes. Las otras potencias europeas habían hecho frente a este problema muchas veces antes, particularmente Prusia durante la Guerra de los Siete Años y Gran Bretaña en su guerra contra Napoleón y contra los Estados Unidos en 1812, pero para Rusia los problemas parecían especialmente penosos considerando las vastas distancias que implicaban y la pobreza de sus recursos de transporte. Estos problemas en combatir en guerras multifrentes permanecieron esencialmente sin resolver por Rusia en el siglo XIX, y al mismo tiempo cobraron cada vez más importancia debido a la continua expansión de la colonización en Asia, en Turquestán y en Siberia. Los peligros inherentes a una expansión tan rápida se convirtieron en demasiados reales cuando los torpederos japoneses hundieron a la flota rusa en Port Arthur a finales de 1904.

En la guerra contra los japoneses, a pesar de las catástrofes gemelas en tierra en Mukden y en el mar en Tsushima, el ejército se mantuvo unido y no se fracturó, incluso aunque en la patria cundió el desasosiego, que culminó con la abortada Revolución de 1905. Las razones para la determinación del ejército bajo estas condiciones son instructivas, especialmente cuando su comportamiento se contrasta con el colapso interno que sucedió en 1917.

Primero, los objetivos bélicos japoneses estaban claramente limitados en alcance, y todos los combates tuvieron lugar en suelo extranjero, en China y Corea. El caso es que los japoneses no intentaron probar como serían percibidos en el propio territorio ruso, ni tenían una filosofía política que importar para difundirla entre el pueblo ruso. Segundo, la guerra fue corta durando sólo unos meses. Si se hubiera convertido en un conflicto prolongado, el desasosiego en la retaguardia hubiera actuado como un veneno entre las fi-

las de soldados. Sin embargo, en 1917, por contraste: una filosofía política hostil hacia el régimen circuló entre el ejército por un grupo bien organizado dentro de Rusia; la Primera Guerra Mundial fue un conflicto prolongado, y las enormes bajas en el campo de batalla, unidas con la esperanza de bienestar procedente de un cambio en el régimen, provocaron un devastador colapso de la moral en las fuerzas armadas.

La doctrina militar rusa en vísperas de la I Guerra Mundial en 1914 se había convertido virtualmente en prisionera de la planificación aliada. La cabriola, en particular, se había dado en la demanda total en la apuesta de Rusia en la teoría estratégica y táctica. Probablemente nunca en la historia una gran potencia se había postrado tan completamente a los objetivos de sus aliados. Las razones para este abandono absoluto de opinión independiente son complejas y no pueden ser discutidas aquí, pero se necesita apuntar que en agosto de 1914, la doctrina militar rusa se había convertido en una mera extensión de los sueños revanchistas franceses. Además de las vagas divagaciones sobre las causas pan-eslavistas, que unos cuantos rusos nunca podrían entender, al principio Rusia no había públicamente expresado objetivos estratégicos en la guerra. Bajo tierra había objetivos; objetivos que, en el pasado, habían provocado la tenaz y eterna oposición de Gran Bretaña: la desintegración del Imperio Austro-Húngaro y la ocupación de los Estrechos de Turquía, aliada de Alemania. La toma de los estrechos habría transformado inmediatamente a Rusia en una potencia mundial y la habría puesto en ángulo recto sobre la arena de competición con Gran Bretaña desde Suez a la India. En marzo de 1915, Gran Bretaña acordó formalmente que Rusia podía anexionarse los estrechos y Constantinopla, pero tras el fracaso de la campaña británica en los Dardanelos en ese año, esto pareció una cuestión discutible. Como fuera, los acuerdos con los aliados concernientes a los estrechos fueron mantenidos en secreto

hasta diciembre de 1916, pero para entonces la situación militar en conjunto se había deteriorado hasta el punto en que el anuncio fracasó en enardecer en absoluto el apoyo popular.

El papel de apoyo de Rusia en la guerra, tal como determinaba las exigencias francesas, implicaba que tomara la ofensiva en Prusia Oriental tan pronto como comenzaran las hostilidades, una misión para la cual el ejército estaba trágicamente mal equipado. La sola inercia del programa de movilización de Rusia (y una movilización temprana habría sido equivalente a una declaración de guerra) debería haber predicado contra un esquema tan temerario como ir directamente hacia la guarida de un enemigo más fuerte. Si Rusia hubiera esperado hasta el momento apropiado de la completa movilización de su apisonadora, y si el ejército hubiera sido utilizado apropiadamente contra Austria-Hungría, un oponente casi equivalente a Rusia en capacidad combativa en 1914, entonces se podrían haber logrado buenos resultados. Como fuera, sin embargo, el resultado estaba virtualmente predestinado. Cuando el sol se puso sobre el sangriento campo de batalla de Tannenberg, también se puso sobre las esperanzas de Rusia de una rápida victoria. Una vez que la guerra desembocó en una lucha interminable, entraron en juego nuevas fuerzas que llevaron a la eventual desintegración de las fuerzas armadas. La falta de objetivos o de cualquier sentido de causa moral en la guerra, además de las viudas de guerra, problemente no habrían causado por ellas mismas el colapso del ejército. La inyección, sin embargo, de un "virus" político –el Bolchevismo– en Rusia por el enemigo alemán crearon las condiciones favorables para el desarrollo de una fiebre revolucionaria.

Los bolcheviques –Lenin, Trotsky, Stalin y otros– eran lo bastante astutos para comprender que sus oportunidades de éxito para tumbar al régimen estaban directamente relacionadas con la participación continuada de Rusia en la

guerra. La guerra proporcionó el catalizador para el cambio, y cuando el gobierno provisional decidió no sólo continuar en el conflicto sino incluso aumentar el esfuerzo, el tejado comenzó a derrumbarse sobre el ejército ruso.

Rusia había dado una buena impresión en la guerra, especialmente contra los austriacos. La ofensiva de A. A. Brusilov en Galicia en el verano de 1916 fue un éxito relevante y mostró lo que el ejército podía hacer cuando se le daba un buen plan y estaba bien dirigido contra fuerzas más o menos equivalentes. Pero la actuación del ejército contra las fuerzas alemanas fue deprimente, incluso desastrosa. Este fracaso estaba sujeto a desarrollos económicos: la industrialización en Rusia en 1914 aún estaban en su infancia, y el país no había ciertamente mantenido el ritmo con Alemania en ninguna área de manufactura, y mucho menos de armamentos. En 1913, Alemania producía 29,1 millones de toneladas de hierro y acero y 191,5 millones de toneladas de carbón; en el mismo año Rusia produjo 4,43 millones de toneladas de hierro y acero y 39,85 millones de toneladas de carbón. El sistema de transporte ruso era muy débil y los métodos de suministro desesperadamente lentos, esto en un país que tenía que realizar la invasión de Prusia Oriental como su primer acto en la guerra. En octubre de 1914, el ejército ruso necesitaba cuatro semanas para trasladar diez cuerpos de ejército a una distancia de unos 325 kilómetros desde el oeste de Galicia al Vístula medio. Todo el mes de mayo de 1915 fue necesario para desplegar un ejército en Bucovina, e incluso después de que la exitosa operación ofensiva concluyera, el ejército tuvo que retroceder debido a problemas de suministro. En comparación, en marzo de 1918, los franceses pudieron concentrar doce divisiones para defender Amiens en sólo cuatro días. Los alemanes necesitaron sólo una semana para retirar ocho divisiones al área de GorliceTarnow en mayo de 1915 –una fuerza que fue aumentada a treinta divisiones en otras dos semanas para bloquear la intervención rumana y prevenir